

Así le ama Elisa

Valerie Jaye



Capítulo 1

Hoy es sábado, el primer día de descanso de la extenuante semana. Miro la hora en el reloj digital de la mesa de noche y me levanto de mala gana al ver que son las diez de la mañana. Parece que Adrián ya se levantó. Me arrastro hacia la cocina para hacerme un café que me despabile un poco y me doy cuenta de que estoy sola en la casa. No es la primera vez que me pasa. Casi todos los sábados abro los ojos para encontrarme con la otra mitad de la cama vacía. Hace ya unos dos meses que esto ocurre, pero todavía no me atrevo a preguntarle por qué. Quizás si pretendo que no sucede nada fuera de lo normal, me daré cuenta de que estaba imaginando cosas que no eran. Llevo mi taza de café hasta el piano de cola del estudio y la dejo sobre el posavasos que tengo siempre en el mueble. Levanto la tapa e improviso algunas notas pensando que no preparé la clase del lunes de Tomás, que no sé qué cocinar para el almuerzo (quizás podría trozar un pollo y saltearlo con verduras) y que tengo que ir a buscar las sábanas que dejé en la lavandería. Me dejo llevar por la espontánea melodía y trato de apartar mi mente de cualquier preocupación. Los fines de semana son los únicos días en los que puedo tocar para relajarme en lugar de enseñar. Sonríe al notar que aparece Adrián sentado a mi lado y levantando sus manos. Entrando en completa sintonía, juntos tocamos un rato lo que nuestros dedos nos indicaran, como si estuviéramos conversando. Las notas se acompañan las unas a las otras, haciendo que las palabras se vuelvan innecesarias. Presto atención a su parte de la melodía... suena más alegre que de costumbre. Lo miro de reojo y noto una ligera sonrisa en sus labios, algo que nunca aparece cuando toca el piano ya que siempre se lo ve concentrado. Me pregunto cuál será la razón de su repentina felicidad y dudo que tenga que ver conmigo.

El timbre me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad. Voy a la puerta y le doy la bienvenida a Tomás, aunque me disculpo por haber olvidado de organizar la clase del día. Él me sonríe mostrando los dientes y me doy cuenta de que se le cayó uno del frente desde la última vez que lo vi. Generalmente soy una profesora bastante estricta, pero esta vez tengo preocupaciones más importantes así que le doy permiso al pequeño Tomás para que practique cualquier canción que quiera. Recibo cinco alumnos más durante el día y me las arreglo para tener paciencia con todos. Llega la hora de la cena y el cansancio comienza a surtir efecto en mi cuerpo. Pensar que recién es lunes y que todavía quedan cuatro días más como este termina por dejarme exhausta. Decido sentarme en el piano para tratar de distenderme un poco y aprieto algunas teclas inconscientemente. Miro hacia mi derecha. Nadie viene a tocar conmigo, no esta vez. Me separo del piano y observo el suelo. La alfombra quedó un poco manchada a pesar de que la limpié con los mejores productos. Quizás tendría que tirarla y comprar otra. Nunca me gustó mucho esa después de todo, y esta sería una buena oportunidad. Me alegro de que

ningún alumno notara la marca. Harían preguntas que no podría responder.

Miro mis manos bajo el agua de la canilla de la cocina. Sí que me las ensucié, creo que me pasé un poco. Me toma varios minutos lograr limpiármelas del todo. Prendo la hornalla y pongo a cocinar una hamburguesa sobre una sartén. Mientras, agarro el cuchillo que usé al mediodía y corto el tomate y la lechuga para la ensalada. Todavía tengo las manos un poco sucias, ¿cómo llegó a estar debajo de mis uñas? Preparo la mesa cuando la comida está hecha y me siento a comer. Admiro el silencio del ambiente y el de adentro de mi cabeza también. Lo único que se escucha es el cantar de los grillos y, dentro de mi mente, las notas suaves que toqué en el piano por la mañana antes de que Adrian llegara, lo cual me recuerda que todavía no preparé la clase del lunes de Tomás. Descarto todo pensamiento por ahora; improvisaré algo en el momento. Ahora no tengo ninguna preocupación. Decido abrir una botella de vino y disfruto de una buena copa. El color de la bebida me recuerda que todavía tengo un asunto que resolver y me dirijo con calma hacia el garaje, que está en la otra punta de la casa. Tengo que ventilar el lugar cuando termine con esto, el aire está muy concentrado acá adentro.

—Quiero que sepas que hice esto porque te quiero —le digo a Adrián mostrándole una sonrisa, y guardo silencio un momento para observar su rostro—. No fuiste lo suficientemente discreto. Nunca se te dio bien lo de mentir y guardar secretos, siempre fuiste tan transparente. ¿Pensaste que no me daría cuenta? No sé cuánto tiempo más esperabas que te siguiera el juego, pretendiendo que no me daba cuenta de lo que pasaba. Es un poco tarde para las disculpas ahora. Dejé que te escabulleras todos los viernes a la madrugada y no dije nunca nada cuando volvías el sábado a la mañana con la excusa de que ibas al gimnasio. Por lo menos hubieras tenido la decencia de bañarte y sacarte el olor al perfume de mujer. No me diste demasiado crédito, querido. Tendré pelo rubio, pero no soy idiota. Pero, como dice el dicho, uno cosecha lo que siembra, ¿no? Vos sembraste la desconfianza y ahora te toca aceptar las consecuencias. ¿Sabes que no tenía una cena tan tranquila como la de recién desde que nos casamos? Siempre estábamos hablando y pensando sobre el trabajo y las cuentas que había que pagar y nunca podía relajarme apropiadamente. Pero hoy, gracias a vos, pude disfrutar mi comida con calma. Gracias a vos, ahora voy a poder preocuparme por mí misma. —Le doy un beso en la frente y lo arrastro hasta el baúl del auto. Tengo que enterrar el cuerpo en algún lado antes de que alguien se dé cuenta.